

cal. Toda la práctica de Comisiones ha sido una práctica sindical.

—En el mes de agosto comienzan a aparecer noticias sobre la creación de "sindicatos únicos" en Vigo, El Ferrol, León, Burgos, jornaleros de Andalucía, carteros de Madrid... ¿qué proceso han seguido estos nuevos sindicatos y cómo los valoras políticamente?

—Efectivamente, en todos estos sitios, favorecidos por las huelgas, militantes de partidos que se vieron en minoría en la Asamblea de Barcelona dicen a los trabajadores que deben hacer su propio sindicato al margen o en contra de Comisiones, al margen de los partidos. ¿Qué entidad tiene estos sindicatos? Efectivamente se crean, pero con aquellos que se apuntan. Se apuntan los que se apuntan, pero no se dice que hay muchos que no los aceptan. Se les dice a los trabajadores que existe una pluralidad sindical que va en contra de nuestros intereses, que monten sindicatos unidos. De hecho, así aumentan la división y la pluralidad. ¿Cómo valorarlos? Al ser su ámbito el de la empresa o rama local se llega, incluso al margen de la voluntad de los promotores, a un sindicalismo de conciliación o, a lo sumo, de corte reformista, porque se inculca a los trabajadores la oposición a los sindicatos de clase y a los partidos. Nosotros combatimos esa idea porque defendemos un sindicalismo de clase y de vocación anticapitalista. Frente al capitalismo que aparece como un frente único de clase, nosotros pensamos que hay que oponer también una organización global de los trabajadores. De ahí que defenderemos a ultranza la unidad sindical, pero con contenido de clase. Ellos dicen que de ahí irán saliendo los trabajadores más concienciados y luego la gran sindical. Quieren que hagamos lo que hizo el movimiento obrero a mediados del siglo pasado. Lo que resulta de hecho es un sindicalismo corporativista.

—¿Cómo se ha reaccionado en Comisiones Obreras y en su Secretariado?

—A principios de septiembre se discutió el asunto en la dirección de Comisiones Obreras. Se rechazó esta práctica que atentaba contra la unidad por veinticuatro votos contra tres. Se consideró, al margen de la cuestión de indisciplina interna, que estos nuevos sindicatos fomentaban el apoliticismo y el corporativismo, que a la larga caerían en un sindicalismo "amarillo", de carácter reformista. Para Comisiones ha quedado claro que se trataba de un ataque frontal contra ellas. Sin embargo, no se ha expulsado a nadie, aunque, eso sí, los militantes de esas minorías no son ya reelegidos para los puestos de dirección que ocupaban ni como

delegados en las reuniones y asambleas que se celebran. Ya no se trata del respeto a las minorías puesto que éstas, al incumplir los acuerdos, se han puesto al margen de la vida sindical de Comisiones. Algunos, una vez creados sus sindicatos, no han vuelto por las reuniones de Comisiones, o han dimitido de las mismas. Pero es curioso observar que los ataques han llegado al paroxismo cuando el Secretariado de Comisiones decidió en su último pleno proponer la afiliación de los trabajadores a Comisiones y pasar inmediatamente, desde la base, a la creación de los sindicatos de Comisiones Obreras en todas las empresas, ramas, localidades, provincias y regiones del país. Y esto es lógico, ya que, a partir de ese momento, no existe posible ambigüedad.

—Estáis quejosos de lo que denomináis "campaña de prensa" contra Comisiones. Al margen del contenido de las luchas internas de Comisiones, ¿no crees que para cualquier periodista era noticia todo lo que está sucediendo?

—Hay que reconocer que efectivamente se trataba de "noticias": También es cierto que hay un gran interés, por parte de cierta prensa, en airear todo aquello que tiende a minar el prestigio de Comisiones Obreras. Pero, sin embargo, quiero señalarte algún hecho curioso. La rueda de prensa del sector trotskista de Barcelona —Liga Comunista Revolucionaria—, en la que se anunció que se pasaba a Unión General de Trabajadores, tuvo una repercusión inmensa en la prensa. Sin embargo, se silenció prácticamente la rueda de prensa que se celebró pocos días después en Madrid, en la cual la Liga Comunista Revolucionaria afirmó que se mantenía en Comisiones Obreras y que si los de Barcelona decían ser seiscientos, ellos tienen más de cinco mil militantes. Y hay que decir más: el grupo de Barcelona actuó siempre fuera de Comisiones Obreras, aunque se amparaba en el prestigio de Comisiones. La realidad es que los trotskistas de Barcelona no salieron nunca de Comisiones porque nunca habían estado en la práctica sindical en Comisiones.

—Por último, ¿en qué fase se encuentra actualmente Comisiones Obreras?

—Estamos en la campaña de afiliación que nos propusimos en Barcelona. Comisiones no cambia al estructurarse como sindicato porque, como dijo un compañero con frase feliz, la Confederación Nacional de Comisiones Obreras no es más que las Comisiones con carnet de afiliado. Es decir, vamos a seguir defendiendo las asambleas como órgano de participación de los trabajadores. ■ CESAR ALONSO DE LOS RIOS.

LoS  
ConteM  
poRa  
nEoS

## POLITICA DEL DESAGRADO

**S** IEMPRE que veo al señor Gil-Robles —ese gran buda deshecho, con las fronteras de su cuerpo blandas y movilizadas— me encuentro víctima de una serie de sensaciones encontradas. Me desagrado a mí mismo al sentirme irremisiblemente arrastrado hacia un pasado a cuyo recuerdo quisiera evadirme. No tengo derecho a juzgar al señor Gil-Robles por su pasado. Nadie debería tener en España derecho a juzgar a nadie por su pasado. A menos que empiece a juzgarse a sí mismo. Me inquieta, sin embargo, que el señor Gil-Robles esté satisfecho con su propio pasado, o así me pareció en su discurso de presentación de su libro "La Monarquía que yo quise" (Taurus). En eso demuestra que es un político. Quizá los políticos tengan ese derecho a saltar por encima de sus contradicciones, quizá los contempladores de políticos nos lo debemos negar. Recuerdo una frase de Bertolt Brecht (y, por cierto, el recuerdo mal en su forma): "Alguien dijo al señor X: 'No ha cambiado usted nada'. El señor X empalideció". Un político no cambia. Ni empalidece cuando se le dice que no ha cambiado nada (o que solamente han cambiado sus líneas visibles el cuadernillo de medidas de su sastre). Me pareció entender que el señor Gil-Robles daba una justificación doctrinal de ese cambiar no cambiando, o no cambiar cambiando, cuando dijo que cada nación requiere un sistema de gobierno según las circunstancias por que atraviesa. No quisiera traicionar su pensamiento, pero eso fue lo que entendí, y me pareció muy inteligente. Sólo que, ¿no es el sistema de gobierno el que cambia las circunstancias de un país? Quizá no. Ya se ha visto cómo en España hay esencias y permanencias que atraviesan de pronto cuarenta años de una Historia muy apretada, muy densa, y reaparecen después sin romperlas ni mancharlas o, mejor, sin romperse ni mancharse.

¿Para bien o para mal? A veces viendo esos grandes peñascos del pasado que son los hombres públicos, de la izquierda o de la derecha, anclados en su propias convicciones de cuarenta años atrás, hay que pensar que es para mal. Pero cuando se ve la transparencia de ideas y de esperanzas que han sobrevivido y que van a sobrevivir a todos los terremotos de la vida pública, se siente uno reconfortado. Pienso muchas veces que me parece mucho más admirable, desde un punto de vista estrictamente humano, la figura del señor Serrano Súñer que la del señor Gil-Robles o la del señor Areilza, por citar a su compañero de oración en la presentación del libro. Pero si a la hora de elegir —suponiendo que se pueda elegir alguna vez— tuviera que optar entre ellos para ser gobernado, preferiría al señor Gil-Robles o al señor Areilza que al señor Serrano Súñer. Esta disyuntiva me crea también malestares éticos.

Pero, ¿cómo sobrevivir en estos tiempos sin un profundo malestar ético? Parece que el hombre de nuestro tiempo tiene que desgarrarse su ética propia, su medida de la pureza y de la claridad política, para buscar la coyuntura en que poder ir saliendo adelante, en espera de tiempos mejores. Para sus hijos, para sus nietos. Para los hombres del año 2000 (o del año 5000).

Si, la presencia del señor Gil-Robles me causa un profundo malestar, un desagrado de mí mismo. Pero terminaría por optar porque me gobernase el señor Gil-Robles. Lo cual me hace desagradarme todavía más.

POZUELO